

# Índice

JÖRG DÜNNE / JENNY HAASE Introducción .....	9
--	---

## I. VIAJES HACIA LA TIERRA

JAVIER URIARTE Ríos, movilidad e infraestructuras en Colombia: el caso de Miguel Triana.....	31
---	----

MARIANA DE CABO Manual de observación: la pluma y la cámara de Lucio V. Mansilla en Amambay y Maracayú.....	49
--	----

MONIKA RAIČ <i>Terra obscura</i> . Epistemología y agencialidad en <i>Gracias</i> de Pablo Katchadjian .....	63
---	----

## II. MOMENTOS TELÚRICOS EN LA NOVELA Y LA POESÍA

FRANK NAGEL El poder de la tierra. Paradigmas telúricos en <i>Los de abajo</i> de Mariano Azuela .....	87
---	----

NORA ZAPF ¿Tierra tomada? El suelo transformándose en infierno en José Eustasio Rivera, Yuri Herrera y Samanta Schweblin.....	101
--	-----

DAMIÁN GÁLVEZ El papel de la tierra en la poesía de Leonel Lienlaf y Liliana Ancalao.....	117
--	-----

### III. LO TERRESTRE ENTRE LITERATURA Y CINE

KAREN GENSCHOW Crisis ecológica, tierra y buen vivir. <i>Gouverneurs de la rosée</i> , <i>Gobernadores del rocío</i> y <i>Cumbite</i> como relato(s) del desprendimiento: una lectura decolonial.....	133
RODRIGO GARCÍA BONILLAS Expedición “en campo crudo”: <i>Zama</i> ante <i>Zama</i> .....	157
LEILA GÓMEZ El problema de la tierra en Lucrecia Martel.....	175

### IV. GEOLOGÍA Y ECOLOGÍAS LÍQUIDAS EN EL ARTE

ESTEFANÍA BOURNOT Vestigios del futuro: hermenéuticas terrestres desde América Latina.....	191
MARÍA TERESA JOHANSSON <i>Movimientos de Tierra</i> : nuevas imágenes geopolíticas y ambientales de Chile .....	205
LILIANA GÓMEZ Derrames y corrientes subterráneas: ecologías líquidas y el agua tejida en el arte latinoamericano.....	225
SOBRE LAS AUTORAS Y LOS AUTORES .....	247
LISTA DE IMÁGENES.....	253

# Introducción

JÖRG DÜNNE / JENNY HAASE

*Humboldt-Universität zu Berlin /  
Martin-Luther-Universität Halle-Wittenberg*

Regresamos a la tierra. Nunca nos hemos ido, ciertamente, pero el olvido estratégico de la materia que nos sostiene y que somos, sobre el que se fundan los quehaceres y la saña de las economías extractivas que ven al globo terráqueo como un caudal sin fin de recursos naturales dispuestos para la explotación, se ha topado con el límite del cambio climático. (Rivera Garza 2022: 9)

## DEL MUNDO A LA TIERRA

Durante decenios, la figura epistemológica del “mundo”, con su figura paralela que es el “globo” (véase Appadurai 2010, Nancy 1993, Sloterdijk 1998-2004), dominó en gran medida los debates teóricos en el campo de la “teoría cultural”.<sup>1</sup> Aproximadamente desde el inicio del nuevo milenio, hay indicios de que el “mundo” y las teorías de la globalización ya empiezan a desdibujarse como figuras paradigmáticas de la teoría cultural, al igual que, según Michel Foucault (1966: 398), se borró otra figura, durante mucho tiempo, que había prometido la organización del saber moderno —esta figura es la del hombre.

Aunque el “Antropoceno” (Crutzen 2002) parece haber vuelto a entronizar, al menos a primera vista, la figura del hombre en el centro de una nueva época a la vez epistemológica y geológica, el *anthropos* del Antropoceno ya no es únicamente un ser social o cultural, más bien, abarca toda la especie humana en su impacto geofísico sobre la vida terrestre. Así, aparece otro “duplicado” del hombre, más allá de lo que Foucault (1966: 329) llama el “doublet empírico-transcendental” de la modernidad y que, en vez de fortalecerla, termina cuestionando cada vez más la figura del hombre como figura unificadora del saber.

<sup>1</sup> Para una visión de conjunto, véase Moser (2014).

El debate sobre el Antropoceno, con sus numerosos neologismos alternativos que proponen sustituir al “hombre” por otras figuras epistemológicas,<sup>2</sup> muestra la necesidad de buscar alternativas a cierta concepción de la modernidad europea (o eurocéntrica) que vayan más allá de los diferentes órdenes de saber y de poder basados en la figura del hombre como figura cultural o social que actúe en un mundo desterritorializado. En el contexto de la crítica a la oposición entre naturaleza y cultura (Descola 2005, Viveiros de Castro 2018) que acompaña el debate sobre el Antropoceno ha surgido sobre todo un paradigma alternativo cuya exploración es el tema de las contribuciones reunidas en este volumen: este paradigma es la figura de la tierra, mediante la cual, en primer lugar, según nuestra hipótesis, se articulan dinámicas que siguen siendo globales pero que no se pueden entender de manera desterritorializada sin sus correspondientes reterritorializaciones locales. En segundo lugar, se trata de un paradigma que tiene en cuenta el actuar humano en su aspecto geofísico, aunque sin olvidar la repartición fuertemente desigual de tal fuerza de actuar entre diferentes individuos y órdenes sociales así como también la interacción de los humanos con unos actores “más que humanos” (Tsing 2014).<sup>3</sup> Esto implica, por último, que lo terrestre está lejos de ser una figura epistemológica unificadora ya que se muestra capaz de reconocer las relaciones de desigualdad, a la vez locales y globales.

En este contexto, nos parece que la figura de la tierra —y ya no la del mundo,<sup>4</sup> al menos no en su versión “singular” o uni-versal<sup>5</sup>— podría ser una figura apropiada para pensar estéticas contemporáneas en América Latina desde una perspectiva teórica que cuestione la distinción entre lo natural y lo cultural, que había estado en la base del concepto del hombre en la modernidad occidental.<sup>6</sup>

La figura de la tierra que proponemos como punto de partida para los estudios aquí reunidos, no es en sí misma un concepto homogéneo: se trata tanto de la Tierra con mayúscula, o sea el planeta en el cual vivimos, como de la tierra con minúscula en tanto suelo bajo nuestros pies, así como la

<sup>2</sup> Cabe mencionar sobre todo el “capitalocene” (Moore 2016), pero también nociones como el “chthulucene” (Haraway 2015). Una lista de los neologismos con -cene se encuentra en Latour/Weibel (2020: 44-49); para una perspectiva latinoamericana véase Jiménez Martínez/García Barrios (2020).

<sup>3</sup> Para una geografía de lo “inhumano” en el Antropoceno, véase Yusoff (2018).

<sup>4</sup> Acerca de la oposición entre “mundo” y “tierra”, véase Stockhammer (2018).

<sup>5</sup> En favor de un mundo como “pluriverso” en vez de un “mundo universo”, véase Escobar (2017).

<sup>6</sup> Acerca de lo “planetario” como otra figura que intenta proponer una alternativa al “mundo”, véase Spivak (2003), y con referencia a América Latina, Andermann/Giorgi/Saramago (2023). Si mantenemos aquí el enfoque sobre lo terrestre/la tierra, es porque nos parece más apropiada esta figura para conectarla con estéticas y también saberes situados en América Latina.

territorialidad en su sentido jurídico-político e incluso biológico. Para designar el conjunto de los fenómenos relacionados a la tierra como figura epistemológica y estética, se puede hablar de “lo terrestre”, no como un concepto homogéneo sino más bien como un “vector”<sup>7</sup> que orienta nuestra investigación en este volumen. Este vector implica también una reorientación de la imaginación literaria y estética, tema de los estudios reunidos aquí. En lo que sigue, quisiéramos empezar por esbozar dos rasgos elementales de lo terrestre en términos espaciales o, mejor, espacio-temporales.

#### ALGUNOS RASGOS DE LO TERRESTRE

**VERTICALIDAD.** En un artículo titulado “Los miedos y los fines... del mundo”, Déborah Danowski y Eduardo Viveiros de Castro comparan la modernidad epistemológica occidental, tal como la describe Michel Foucault, con una casa cuyos arquitectos construyeron una planta baja aparentemente sólida sin pensar en los fundamentos:

Esa súbita colisión de los humanos con la Tierra, la terrorífica comunicación de lo geopolítico con lo geofísico, contribuye de manera decisiva al desmoronamiento de la distinción que era fundamental para la *episteme* moderna: la distinción entre los órdenes cosmológico y antropológico, separados desde “siempre” (vale decir, desde por lo menos el siglo xvii) por una doble discontinuidad, de esencia y de escala. [...]

La bella estratificación sociocosmológica de la modernidad comienza a implosionar frente a nuestros ojos. Imaginábamos que el edificio podía apoyarse solo sobre su planta baja —la economía—, pero resulta que nos habíamos olvidado de los cimientos. Y el pánico sobreviene cuando se descubre que la última instancia de determinación era apenas la penúltima... (Danowski y Viveiros de Castro 2019: 44 s.)

Podría afirmarse que en su crítica hacia la modernidad europea, Danowski y Viveiros de Castro sustituyen el “mundo” de la globalización por la “tierra”, presentada de manera metafórica como los “cimientos” de la casa de la epistemología. En esta metáfora o incluso alegoría de la fundación del saber moderno, se vislumbra de manera implícita un cambio de orientación espacial. Mientras la globalización terrestre desde la temprana modernidad y, aún más, la globalización económica acelerada de la actualidad podría entenderse como el dominio de lo horizontal<sup>8</sup> regido

<sup>7</sup> En el sentido de Bruno Latour (2018) que habla de la tierra como “atractor”.

<sup>8</sup> Tal horizontalidad corresponde históricamente con el paradigma del espacio de “extensión”, según Michel Foucault (1994).

por el mapa y el diagrama que permiten concebir el planeta a partir de una superficie de operación perfectamente llana,<sup>9</sup> la figura de lo terrestre introduce como complemento una dimensión vertical en la epistemología y plantea el tema de la geología del saber frente a su geografía. Así, la epistemología imagina la Historia ya no exclusivamente como expansión en el espacio terrestre (una de las grandes narrativas constitutivas de la época de la colonización; véase Sloterdijk 1998-2004, vol. 2), sino que más bien concibe la dimensión temporal como capas superpuestas de diferentes épocas, una concepción que ya se encuentra presente en la noción de la arqueología del saber según Foucault, pero que va más allá de la temporalidad de la Historia humana. Tal apertura se reconoce, entre otros, en el modelo geológico de la estratificación del saber y del poder que Gilles Deleuze y Félix Guattari desarrollaron en sus *Mille plateaux* (*Mil mesetas*, 1980). En cierto sentido, esta apertura de la epistemología hacia la geología anticipa la enorme coyuntura que el concepto de Antropoceno ha adquirido en los últimos años en la teoría cultural.

Desde tal perspectiva espacio-temporal que complementa de manera ejemplar el eje vertical con el eje horizontal, podría afirmarse que el “mundo” y la “globalización” ya no sirven como figuras epistemológicas totalizadoras porque conciben el espacio terrestre como una simple extensión y como una naturaleza inerte subordinada a la actividad del sujeto humano. En su crítica de tal perspectiva, las recientes investigaciones sobre “Naturecultures” (véase Haraway 2016) han destacado que se trata de pensar un tipo más complejo de relacionalidad que, más allá de situar las operaciones humanas en la esfera de lo cultural frente a lo natural, considera el conjunto de estas operaciones como una fuerza geofísica que provoca reacciones activas de la figura que algunos teóricos llamaron Gaia.<sup>10</sup>

Desde el punto de vista de las ciencias del “Sistema Tierra”, tal reverticalización del saber apunta no solo hacia la “tierra” como figura epistemológica a partir de la cual se configura una posible *episteme* del momento presente, sino también hacia la atmósfera como espacio biosférico —juntas forman la llamada “zona crítica”, descrita por Bruno Latour en su ensayo *Down to Earth* (2018)—. Esto nos lleva a la segunda característica de lo terrestre, que es su “zonalidad”.

**ZONALIDAD.** Lo que Bruno Latour llama “la zona crítica” tiene no solo un lado subterráneo en el sentido del suelo bajo nuestros pies sino también un aspecto meteorológico y climatológico. Las ciencias del “Sistema Tierra” describen la “zona crítica” como la capa no muy ancha que va desde la parte superior de la corteza terrestre donde circula libremente

<sup>9</sup> Esta operación corresponde al lema “making reality flat” de los estudios de ciencia y de tecnología (véase Latour 1990: 45).

<sup>10</sup> Véase Bruno Latour (2017) que adopta la controvertida hipótesis de James Lovelock y Lynn Margulis, desarrollada en los años setenta del siglo xx.

el agua subterránea hasta la parte inferior de la atmósfera (véase Arènes *et al.* 2018).

De ahí que se pueda equiparar la zona crítica con la “biosfera”, concepto introducido por el geólogo ruso Vladimir Vernadsky (1998) a inicios del siglo xx. En este contexto, la espacialidad de la zona crítica no se puede describir ni como un espacio métrico, dimensional, ni como un “fundamento” territorial duradero sobre el cual se erigen órdenes geopolíticos y jurídicos (véase Schmitt 1950), sino como algo que tiene su propia historia, que puede “volverse crítico” y estar en peligro de desaparición. Según Latour, “la zona crítica involucra a todos sus habitantes en una narrativa de historia, crisis, conflictos y transformaciones que difiere totalmente de lo que solía ser cuando alguien hablaba con orgullo de ‘tener los pies firmemente en el suelo’” (2014: s. p.).

Sin tomar en cuenta el aspecto “crítico” de la biosfera en su sentido contemporáneo, existe una larga tradición de pensar la relación entre la civilización humana y su medio ambiente según un modelo zonal que fue determinado desde la antigüedad por la noción de clima. Por su etimología, tanto el clima como la zona se refieren originalmente a la descripción de la Tierra.<sup>11</sup> La relación entre clima y civilización humana desde la antigüedad hasta la temprana modernidad se concibió como una influencia unilateral más o menos determinante que ejercería el clima tanto sobre el microcosmos humano con sus temperamentos, como sobre el macrocosmos con sus órdenes políticos, tal como lo describe la teoría del clima del siglo XVIII (Günzel 2004-2005). Es de notar que esta teoría contribuye mucho a la hipótesis de una supuesta “inferioridad” del clima y, por ende, de la civilización indígena de las Américas desde una perspectiva europea (véase Gerbi 1973). Solo a partir del siglo XIX y de la “climatología romántica” (Horn/Schnyder 2016), que debe parte de sus transformaciones a las investigaciones de Alexander von Humboldt, empieza a diferenciarse este modelo para transformar el clima desde un factor estable y determinante en una variable sometida a la influencia geofísica que la humanidad en tanto especie ejerce sobre la biosfera. Tal cambio de paradigma transforma también la larga tradición del pensamiento zonal: con la suposición del carácter invariable del clima desaparece también una concepción geométrica de la zonalidad que puede ser expresada en latitudes. En cambio, lo característico de la zona crítica de la tierra tal como la conciben las ciencias del “Sistema Tierra” son los procesos locales que configuran la particularidad de la biosfera en un lugar dado.

<sup>11</sup> Según Jeanne Etelain (2017), ζώνησις significa ‘circundar’ la tierra a modo de un cinturón delimitado por ciertas latitudes; mientras la etimología de *clima* (que designa la inclinación de la superficie terrestre desde el Ecuador al polo) se refiere a ciertas latitudes que pueden servir para delimitar las zonas climáticas.

RETERRITORIALIZAR LO TERRESTRE DESDE AMÉRICA LATINA:  
UNA PERSPECTIVA SIMPOIÉTICA

A partir de una epistemología “situada” (Haraway 1988) surge a nueva luz la pregunta de qué significa pensar la tierra y lo terrestre desde América Latina y cuál es la función de la literatura y de las artes en este contexto. Desde la época colonial, la “zona crítica” de lo terrestre en América Latina se ha presentado, desde una perspectiva eurocentrista, no solo bajo los rasgos de una zona con un clima inferior, sino también, y sobre todo, como “zona extractiva” (Gómez-Barris 2017), zona que contribuyó a la constitución de una visión del mundo donde los flujos del capital que se mueven por un eje horizontal tienden a hacer olvidar las “venas abiertas” de América Latina (Galeano 1986) en favor de una visión de todo un continente que se concibe al mismo tiempo bajo el signo de la oposición entre civilización (europea) y naturaleza (o barbarie) americana.<sup>12</sup> Frente a tal eurocentrismo, desde una perspectiva epistemológica (Santos 2014), la figura de lo terrestre se presenta, entonces, también como una zona de contacto entre las “epistemologías del Norte” y la presencia mucho más marcada de la tierra en las “epistemologías del Sur”, tanto en lo que se refiere a las cosmologías precolombinas y su relación con la tierra como en la época colonial, que nos remite a los orígenes del extractivismo moderno.<sup>13</sup>

A partir de ahí se hace presente desde América Latina o, en relación con temas y conflictos latinoamericanos, una crítica de una concepción únicamente horizontal y desterritorializada del mundo “global”, en favor de un pensamiento de lo terrestre en su dimensión vertical y a la vez en su dimensión de zona crítica. Los conflictos territoriales de las comunidades indígenas con el capitalismo extractivista —que se manifiestan desde las zonas del *fracking* en Patagonia (Svampa 2018) hasta el extractivismo del litio en el espacio andino (Cadena 2010)— contribuyen a la urgencia de pensar lo terrestre desde América Latina. Desde la antropología, estos conflictos llevan a considerar bajo una nueva luz las cosmologías indígenas y sus “prácticas de la tierra”<sup>14</sup> como una posibilidad de concebir la tierra y lo terrestre de una manera alternativa.

Así, la perspectiva latinoamericana muestra que también lo “terrestre” en cuanto paradigma teórico necesita ser reterritorializado y vinculado

<sup>12</sup> Véase la versión clásica de tal dicotomía en Sarmiento (1993).

<sup>13</sup> En este contexto no es de extrañar que exista una hipótesis acerca del inicio de la era geológica del Antropoceno con la correspondiente puesta en valor de lo terrestre que toma la conquista de América Latina como un posible marcador cronoestratigráfico para el inicio de esta era: Se trata del llamado “Orbis Spike”, tesis defendida por Simon Lewis y Mark Maslin (2015) y que apunta a la posibilidad de relacionar el paradigma actual de lo terrestre con la historia colonial de América Latina.

<sup>14</sup> La noción es de Penelope Harvey, citada en Cadena (2010: 337).